to trabajo de abstracción resulta estéril, porque la famosa teoría de la materia y de la forma es perfectamente inútil como principio científico. Y nada es, sin embargo, más conforme al sentido común, ni nada más trascendental ni fecundo. Vamos á apelar á un ejemplo muy claro para explicar cómo esas cosas pasivas existen unidas á otras; pero adviértase que nuestro ejemplo no es precisamente de materia y forma (se confundiría el lector que lo creyera), sino de *pasividad* que por otra cosa se actúa.

Suponed una letra consonante cualquiera, la *B,* por ejemplo: En la *B,* hay una vocal que existe por sí misma, la *E;* pero hay algo que no es la *E,* y que siendo perfectamente diverso, no tiene existencia propia. Ese algo de la *B* es pasivo, aunque muy real, y por ello se ve cómo hay cosas muy reales diversas de otras que, sin embargo, no pueden concebirse independientemente de ellas, no como los modos, que no son más que la misma cosa vista de tal ó cual manera, sino cosas que, unidas á otra, la diversifican, sin que lo que se les une tenga existencia independiente. El color, la figura, no son más que la cosa misma con ese accidente; la *E* es esencialmente diversa de la *B*, y la segunda no existe sino por la primera, pero no es la primera.

Tal ejemplo—repetimos—no nos da idea exacta de la materia y la forma, pero sí nos sirve para demostrar que una cosa puede ser substancialmente diversa de otra, sin existir por sí misma. (5)

El atomismo y el dinamismo son los sistemas no escolásticos que explican la naturaleza de los cuerpos. El primero sostiene que las cosas corpóreas están formadas de átomos *extensos* que se cambian mecánicamente, y esta explicación lo es sólo de nombre, porque la dificultad no está en explicar cómo diversas extensiones forman un compuesto, sino cómo se forma la extensión misma, cosa que el sistema calla discretamente. El dinamismo es más filosófico; pero si el atomismo peca de deficiente, el dinamismo peca de falso. Los átomos extensos en el primer sistema, son simples en el segundo, y las fuerzas atractivas y repulsivas, obrando sobre ellos, vienen á formar la extensión. Esto es lisa y llanamente, absurdo. La suma de cosas simples, cualquiera que sea su orden y el sistema, no consiste

más QUE EN UNA SUMA, no puede dar cosas extensas. Esos corpúsculos simples son privaciones á negaciones de extensión, y sumadas éstas todas las veces que se quiera, siendo ceros, no darán más que cero.

La extensión es algo activo, en cuanto que congrega y unifica la materia; pero no es acto puro, en cuanto que necesita materia para ejercerse, cosa pasiva como hemos visto, y he aquí la abstracta, pero racionalísima teoría de la materia y forma, única que da una explicación satisfactoria de la constitución de los cuerpos, para no decir como algunos sabios alemanes, que son meras ilusiones de la mente, algo como *aegri somnia.*

La han admitido Comte, Tomasi, Santi y Liberani, físicos modernos. (6)

Pero adviértase que la extensión es una simple propiedad de los cuerpos, pero no el cuerpo mismo, una evolución, un desarrollo de la sustancia corpórea que radicalmente puede ser inextensa.

Si la extensión fuese esencial á los cuerpos, cualquiera que fuese el sistema adoptado para explicar la naturaleza corpórea, habría, entre los elementos de ella, que presuponer la extensión y sucedería como con el atomismo, que nada quedaría explicado. Por otra parte, la esencia de la extensión es la multiplicidad de partes reducida á la unidad, y esta reducción sería imposible sin un principio simple independiente de esas partes. (7)

Un principio activo y otro pasivo constituyen la esencia de los cuerpos, de los que la extensión—dicen los escolásticos—es cualidad primaria, porque resulta inmediatamente de su naturaleza; pero no esencial, y he aquí que una teoría, no inventada por los sabios católicos, pues es peripatética y que al fin y al cabo va abriéndose paso entre los sabios modernos (8), viene á enseñarnos que no es contradictorio á la razón el misterio de la Eucaristía, que supone inextenso el cuerpo sacratísimo del Salvador.

Descartes, al sostener que la extensión es esencial á la substancia corpórea, niega implícitamente la Eucaristía, en que Cristo está todo en cada hostia consagrada, y todo en cada una de sus partículas por pequeñas que se supongan, y como era católico y no quería combatir la fe, inventó la teoría de que Dios puede cam-

biar las esencias de las cosas, para salvar la dificultad. Dios puede—según el filósofo francés—hacer un cuerpo inextenso, y por lo mismo, puede hacer un círculo cuadrado ó un triángulo circular. ¡Pobre filosofía la que para salvar la revelación estropea tan lamentablemente la razón!

La teoría de materia y forma parece, como algunos han creído, revelada por lo profunda, aunque de ningún modo exceda los límites de la pura razón; y, sin embargo, es tan conforme al buen sentido, que hasta una inteligencia mediana con poca meditación, puede llegar á comprenderla. Pero la mayor gloria de la escolástica estriba en su enseñanza del origen de las ideas. Cuanto tiene el sensualismo de verdadero, el ontologismo de juicioso y racional, el sujetivismo, de cierto; sin ninguno de los extravíos de los tres sistemas, contiene el escolástico, síntesis admirable que así contenta el sentido común, como la psicología más observadora y la metafísica más honda; síntesis al mismo tiempo tan clara, tan luminosa, que no hay espíritu sano, ilustrado medianamente, incapaz de comprenderla y de aceptarla; síntesis que ilumina nuestro ser y sus destinos, demostrando la existencia del alma y su inmortalidad que se armoniza con la naturaleza porque considera cognoscibles los objetos exteriores, y hasta origen mediato del conocimiento; que no sólo no cae en el panteísmo como los sistemas afines, sino que establece entre la razón y la revelación admirable congruencia, presentando el alma humana como imagen de la Divina Trinidad.

El alma, antes de comunicarse con la naturaleza corpórea por medio de los sentidos, *est tanquam tabula rasa in qua nihil est scriptum,* y en este punto de partida el sensualismo y el escolasticismo están de acuerdo: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu,* nada hay en el entendimiento que primero no haya estado en los sentidos. A la sensación sigue la imagen, mero retrato ó fotografía de las cosas sensibles; sensación interna en cuyo reconocimiento todavía ambos sistemas convienen; pero el sensualismo se declara impotente para penetrar más allá en las regiones del alma, y el escolasticismo lo hace intrépidamente y descorre el velo de la idea. A la imagen sucede la

especie inteligible. El sentido se impresionó, la imaginación retrató, ahora toca á la función superior del espíritu, al entendimiento agente, despojar á la imagen (*phantasma*) de las cosas singulares y quedarse con una noción abstracta, general, aplicable no al individuo, sino á la especie á que pertenece. Esta noción es la idea ó especie inteligible. Vemos un triángulo: he aquí la visión; lo reproducimos en nuestro interior tal como lo vemos, de lados iguales, de un centímetro cada uno, por ejemplo, y los tres de color rojo; pero suprimimos lo singular, el tamaño, el color, etc., etc., y aparece en el alma esta sola especie: espacio cerrado por tres lados y tres ángulos. He aquí la idea. En su amplitud inmensurable así se explica el triángulo que veíamos, como el que sólo pudiera descubrir el microscopio y al que encerrara en su área el universo. ¡Qué diferencia entre la materia concreta, circunscrita; entre la imagen que no es más que esa misma materia reflejada, como el árbol en la linfa, y la especie abstracta, aplicable á un número de cosas infinito en potencia, esfuerzo del alma, por explicarme así, que la espiritualiza y la semeja al Sér perfectísimo que comprende todas las cosas en una sola idea!

Pero el entendimiento agente no es la última función de la inteligencia. Después de generalizar hay que percibir lo generalizado, y este es el objeto del entendimiento posible, llamado por Santo Tomás pura potencia, no porque no se pueda poner en acto, pues entonces no sería facultad, sino porque nada actúa, nada informa, es su misión enteramente contemplativa.

¿Qué cosa más racional, más clara, más conforme á la observación seria, guiada por el simple buen sentido?

Kant en su orgullo de filósofo, pretende hacer en psicología y ontología la revolución de Copérnico. El alma—dice—como el sol, no gira en torno de las cosas exteriores, sino ellas en torno del alma. Las ideas apriorísticas é innatas, las categorías, nos sirven para juzgar los fenómenos de sensación que nos produce el contacto con la naturaleza, sin que podamos conocer las cosas mismas, los *néumones,* que permanecen incognoscibles.

Para Santo Tomás, la sensación nos da á conocer la

cosa singular y corpórea; la idea, la cosa general é incorpórea ó sea la esencia, y mateniéndonos en estrecha armonía con la naturaleza física, no se encierra en los límites del grosero sensualismo y se eleva á un ontologismo sensato y enteramente fundado en la observación, haciendo que el alma, el espíritu, ya en el orden de las ideas, por medio del juicio que compara una con otra y afirma su conveniencia ó repugnancia, ya de la deducción y aun de la inducción, explore el mundo de las abstracciones y conquiste la ciencia. (9)

Kant aisla el alma humana y reduce la verdad á las concepciones de su espíritu; Santo Tomás la mantiene en comercio con la naturaleza, de donde bebe el conocimiento; pero le da la fuerza creadora, *luz que viene inmediatamente de Dios,* (10) para sacar la esencia de la realidad.

¿Quién es más humano? ¿quién respeta más el sentido común y el sentido íntimo? ¿quién se ajusta mejor á la armonía universal de lo creado?

Kant extravía la inteligencia, al punto de que su sistema ha producido el caos y ni un solo rayo de luz. Entendimientos poderosísimos, como Fichte, Shelling y Hegel, no han hecho más que condensar las nieblas como Júpiter (*juncta nubes*) y si alguna vez las ha rasgado un rayo de su genio, ha sido su claridad semejante á un relámpago que alumbra abismos.

Napoleón señalaba el Evangelio y exclamaba: "nadie se extravía en ese libro." Santo Tomás digno discípulo de Jesús, á nadie extravía tampoco. Un alma sana que estudie los libros del santo con rectitud, difícilmente incurrirá en error, y si cae en alguno, jamás será trascendental. Santo Tomás forma discípulos; Kant engendra monstruos.

* * *

Pasando á la Teodisea tomista, diremos que es asombrosa por la claridad y fuerza irresistible de la doctrina; pero constreñido á los límites de un capítulo, haré notar solamente que Santo Tomás, abre esa parte de la *Summa,* proponiéndose la cuestión positivista: ¿Dios es cognoscible, ó sea demostrable? (11)

Spencer (*Primeros Principios*) yerra el camino de

la cuestión, entrando, como dijimos en otra parte, al examen de la esencia divina, en la que cree encontrar, mostrándose muy poco metafísico, contradicciones inconciliables. Si Spencer tuviera razón, la consecuencia recta sería, no sostener que Dios es indemostrable, sino que Dios no existe.

Los modernos positivistas no entran realmente en el estudio de la indemostrabilidad de Dios, y sólo la afirman de modo empírico, con un dogmatismo que asombra.

Santo Tomás sí entra de lleno en la cuestión, con la que abre su teodisea, y tomando el verdadero camino, se pregunta si la razón humana tiene medios para cerciorarse de la existencia del Sér Supremo.

La demostración *a priori* es imposible—dice—pues para ello necesitábamos conocer la esencia divina, y de Dios no sabemos *lo que es, sino lo que no es solamente;* pero la demostración por los efectos es posible, aunque Dios sea infinito y los efectos finitos, pues cuando el efecto no es proporcionado á la causa, no nos dará en buena hora una idea adecuada de ella, pero sí nos revelará su existencia, cuando la suponga necesariamente. (12)

El sentido común, como siempre, viene en auxilio de Santo Tomás. Si yo encuentro un cuadro admirable que no pueda pertenecer más que á un gran pintor, á Rafael, por ejemplo, de la existencia del cuadro deduciré la existencia de Rafael; pero si me hallo un cuadro inferior á aquél é incompleto y borrado, podré atribuirlo á otros pintores, si otros hubiera; pero si no había más que el que suponemos, tendré siempre que atribuirle la pintura, aunque me parezca inferior á su genio. Me revela la existencia del viento, así la hoja que se mueve lentamente, como el árbol añoso que cae arrancado por el huracán. Lo mismo demuestran la existencia de Dios mil universos, que la brizna de yerba, si sólo Dios pudo sacar á todos de la nada.

En seguida demuestra Santo Tomás la existencia de Dios por cinco argumentos, de los cuales el del motor inmóvil, inventado por Aristóteles, satisface así la ciencia más alta, como el mismo sentido común. "Movimiento es tránsito de la potencia al acto (admirable definición que abarca así el movimiento de los cuer-

pos como el de los espíritus) y como todas las cosas que existen en el universo visible han estado alguna vez en potencia, alguna vez se han movido necesariamente para alcanzar la existencia que tienen ahora. ¿Pero qué potencia se pone en acto por sí misma. Todo lo que se mueve, se mueve por otro—dice la escuela. ¿Quién se crea á sí mismo, para decirlo en otras palabras? Nadie; luego el universo ha necesitado un primer motor inmóvil, porque si él se moviera, se movería por otro, y ya no sería primero, y como inmóvil, infinito y eterno, es decir, Dios. Para no ver esa verdad, será preciso arrancarse la razón, como sacarse los ojos para no ver la luz. (13)

* * *

En tres palabras hemos expuesto las bases de la escolástica, acerca de la ciencia del mundo, del hombre y de Dios, es decir, de los tres objetos de toda filosofía, y dígasenos imparcialmente si se halla algo en esas doctrinas substanciales que no sea perfectamente accesible á las mismas medianías; es decir, que no cuadre al sentido común.

No somos filósofos ni teólogos, y por eso mismo hemos querido exponer lo que entendemos á la simple lectura de la *Summa* y sus expositores, para que se vea cuán calumniada ha sido la escolástica pura, la del Angel de las Escuelas; cuán fácil es de comprenderse y vulgarizarse entre las semi-ilustraciones, y cuán obligados están los escritores católicos á vulgarizarla para expulsar al positivismo del único campo de acción que le queda aún.

También el panteísmo alemán suele de cuando en cuando levantar la cabeza; pero Santo Tomás lo derriba sólo con una simple observación. Como es sabido, la teoría panteísta se reduce á decir: no hay más que una sola substancia, porque si hubiera alguna fuera de la divina, en ella Dios hallaría límite y no sería infinito.

Dios es el ser necesario é inmutable; la criatura es el ser contingente y movible—contestamos siguiendo el pensamiento del Santo—¿cómo la existencia de la criatura limitará la del Supremo Sér? A lo inmutable, podría poner límite otro inmutable; pero á lo inmutable no puede poner límite lo mudable, ni á lo necesario lo contingente, ni á lo inmóvil lo móvil. Si queremos que Dios sea todo como los panteístas, resultaría lo necesario, contingente; lo inmóvil, móvil; lo inmutable, perecedero. El panteísmo tan ponderado—caos verdadero en que se han extraviado las inteligencias de Spinoza, Shelling y Hegel—repugna al principio de contradicción, una cosa no puede ser y dejar de ser al mismo tiempo. (14)

Se dirá que al escribir este capítulo, nos hemos desviado del principal objeto de la obra. No lo creemos; afirmamos con toda certeza posible, que, la restauración de la escolástica, se debe más ó menos mediatamente á la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción, y natural es que entremos á un examen rápido siquiera de ese efecto admirable de la misericordia de María, para poner más de relieve la virtud de la plegaria que un santo Pontífice le elevó en nombre de la tierra.